dentro del mismo género. De tan grandes males cree ese sabio que podrá resarcirse, con tal de merecer la aprobación de algún legañoso que otro.

En cambio, el escritor que me es adicto, ¡con cuánta mayor felicidad delira, mientras sin elucubración alguna, sino tal como le viene a la cabeza, cualquier cosa que le pase por la pluma, aunque sean sus propios sueños, enseguida lo pone por

escrito con el dispendio de un poco de papel tan solo, pues no ignora que, cuanto más fútiles sean las futilezas que escriba, tanta mayor aprobación merecerá por parte de la mayoría, es decir, de todos los estúpidos e ignorantes! ¿Qué importa que tres personas de esas instruidas, si es que llegan a leer su obra, la desprecien? ¿O de qué valdría el voto favorable de tan pocos sabios, en-

esto con gran satisfacción de su espíritu y disfrutan con la locura ajena, no es poco lo que me deben a mí ellos mismos, cosa que no pueden negar, si no quieren ser los más desagradecidos de todos.

Impreso en Bogotá

EL ELOGIO DE LA LOCURA
CAPÍTULO L
Erasmo de Róterdam
(1466-1536)

[Habla la locura]

MENOS ME DEBEN A MÍ los poetas, aunque pertenecen, como por principio, a mi bando; son gentes de condición libre, según dice el proverbio que no se esfuerzan en nada más que en acariciar los oídos de los necios, y eso con simples

tórica a Herennio, cita la estupidez misma entre las formas de espíritu jovial. Y en Quintiliano, que es con mucho el más destacado de los rétores, hay un capítulo sobre la risa, más largo que *La Iliada*: atribuyen tanta importancia a la estupidez, que muchas veces se elude con una risa aquella dificultad que no se puede desarmar con ninguna clase de argumentos. A no ser que alguien pien-

tes; a aquél, Trasímaco; así que ninguna importancia tiene ya si se pone en un libro el nombre de Camaleón o de Calabaza, o, a la manera que suelen hablar los filósofos, el de Alfa o Beta.

Pero lo más divertido es cuando, intercambiando cartas, poemas y encomios, se alaban mutuamente, de estúpido a estúpido, de ignorante a ignorante. Éste, a tenor de las alabanzas de aquél,

esos nombres? Por otro lado, bien pocos individuos van a conocerlos, si se tiene en cuenta la vasta extensión del mundo, y aún muchos menos van a alabarlos, habida cuenta de lo distintos que son los gustos de los ignorantes. ¿Qué decir de cuando los nombres son imaginarios o están sacados de libros de autores antiguos? A uno le complace llamarse Telémaco, a otro, Esténelo o Laertes; a éste, Polícra-

se que no es lo propio de la Estupidez suscitar carcajadas mediante frases graciosas, y eso con arte.

Harina del mismo costal son también esos que van a la caza de una fama inmortal, valiéndose de la publicación de libros. Todos estos me deben mucho a mí, pero especialmente los que estampan simples majaderías en sus publicaciones. Pues los que escriben de modo erudito para ser

naderías y con fábulas ridículas. Y, sin embargo, fiados en estas bases, resulta difícil decir cómo se prometen la inmortalidad y una vida semejante a la de los dioses y además les aseguran lo mismo a otros. A esta clase le son familiares más que a todos los restantes, el *Amor Propio* y la *Adulación* y yo no soy venerada por ninguna otra especie de hombres con mayor candidez ni con mayor constancia.

Siguen luego los retóricos; aunque estos realmente se apartan un poco de esta tónica y se acercan a los filósofos, también ellos son de los nuestros, cosa que demuestra principalmente el hecho de que, aparte de otras nimiedades, se han ocupado todos de escribir tan cuidadosamente y en tal cantidad, del arte de bromear. Así, el autor, cualquiera que fuese, que escribió un tratado de re-

juzgados por unos pocos entendidos; y que no rechazan a Persio ni a Lelio como jueces, me parecen más dignos de compasión que dichosos, dado que se atormentan si fin: añaden, cambian, quitan, vuelven a poner, retocan, aclaran, lo tienen guardado por más de ocho años y nunca están satisfechos; un premio tan fútil como es la alabanza —y aún ésta, de unos pocos— es lo que acaban obteniendo

a cambio de tanto esfuerzo, con tantos desvelos, con tanto pasarse sin sueño, la más dulce de todas las cosas, y con tantos sudores, y con tantas cruces. Añade a esto el derroche de salud, la buena prestancia arruinada, las legañas o incluso la ceguera, la pobreza, las envidias, el apartamiento de los placeres, la muy temprana vejez, la muerte prematura y cualquier otra calamidad que haya

tre una tan inmensa turba de ignorantes quejosos?

Pero más larga la saben quienes publican como propios los escritos ajenos y traspasan hacia sí, por medio de palabras, una gloria conseguida por otros a costa de gran esfuerzo, convencidos, al parecer, de que, aún si son acusados insistentemente de plagio, saldrán beneficiados, de todos modos, durante algún tiempo. Vale la pena observar cómo se

complacen éstos, cuando son alabados por el vulgo, cuando alguien entre la muchedumbre los señala con el dedo y dice: "*Este es aquel hombre extraordinario*"; cuando sus obras ocupan un lugar destacado en casa de los libreros, cuando, encabezando cada página, se leen tres nombres, especialmente si son forasteros y parecen mágicos. Pero, por Dios inmortal, ¿qué otra cosa, sino nombres, son

sobrepasa a Alceo; aquél, a tenor de las de éste, a Calímaco. Aquél es, a ojos de éste, superior a Marco Tulio Cicerón; éste es, a los ojos de aquél, más sabio que Platón. A veces, incluso se buscan un antagonista, con cuya emulación puedan ellos aumentar su fama. Entonces *se divide, dubitativo, el vulgo entre pasiones contrarias*, hasta que cada caudillo, cuando considera felizmente terminada su gesta, se re-

tira vencedor y cada uno por su lado organiza su propia comitiva triunfal.

Se ríen de estas cosas los sabios como de estupideces, que es lo que son. ¿Y quién lo niega? Pero, mientras tanto, gracias a mis favores, llevan una vida agradable, de modo que no querrían cambiar sus propios triunfos ni por los Escipiones siquiera. Sin embargo, también los doctos entretanto, mientras se ríen de todo